

# REVISTA DE SANIDAD MILITAR

AÑO VII. MADRID 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1893. NÚM. 149

## COEFICIENTE FISIOLÓGICO DE LA CONCIENCIA

### CONFERENCIA

DADA EN EL ATENEO DE CÁDIZ POR D. MANUEL MARTÍN SALAZAR

Médico segundo del Cuerpo de Sanidad Militar.

SEÑORES:

No hay nada que más obligue al hombre que se precia en algo, que los deberes nacidos de un sentimiento de gratitud. Ser objeto por parte de esta ilustrada corporación, para mí tan querida, de reiteradas distinciones que en ningún concepto merezco; y no contribuir á su vida, ya que no pueda hacerlo á su esplendor, con lo único que me es dado, que es el fruto de mi pobrísimo ingenio y el eco de mi torpísima palabra, sería notoria ingratitud, y asaz censurable olvido de esas obligaciones morales que todos aquí contraemos, al filiaros voluntariamente en estas nobles banderas de la propagación de las ciencias y las letras.

No ha sido una de las menores dificultades con que he tropezado para cumplir este deber la acertada elección de un adecuado tema, que así huya de las asperezas de la ciencia pura, como se aleje de las superficialidades vulgares que puedan ofender vuestra ilustración; que así prescinda del terreno singularísimo de la medicina, como se relacione con todos los humanos conocimientos; que así interese á los unos, como á los otros. Y en tal guisa, héme fijado en una tesis, que por rayar en las fronteras de todos los que aquende y allende la antropología estudian realmente la Naturaleza, es el tema eterno de todas las discordias filosóficas; el punto preciso de las grandes desavenencias científicas; el cisma fundamental de todas las herejías religiosas, y el sitio, en fin, en que desde los primeros siglos de la historia ha zozobrado la conciencia humana, vacilando como ébria entre las aspiraciones naturales al ideal absoluto, y el error panteístico de la materia.

Es de observación vulgar que los médicos propendamos, con cierta fatalidad irremediable, á caer del lado del materialismo, mientras los psicólogos, los literatos, los moralistas, etc., tienen

tendencia igual á inclinarse á un exagerado idealismo. En tanto los unos creen que con profundizar la anatomía y la fisiología del cuerpo, tienen bastante para conocer con exactitud al hombre, los otros piensan que con penetrar sólo en las interioridades de la conciencia, les basta y sobra para abarcar la total naturaleza humana. En este punto, como casi siempre acontece, el gran error nace de la estrechez, en ambos bandos, de su sendo horizonte intelectual; en creer cada uno que su respectiva verdad particular es la única y absoluta verdad; y en no discernir, ciegos, que aquello que al parecer se estima como contrario ó antinómico, tal vez pueda armonizarse en una síntesis mental más alta que abarque la realidad entera tal y como se ofrece á nuestra investigación por la propia naturaleza.

Dos medios hay, á mi entender, que puedan poner coto á este error secular de los entendimientos. El primero, sería que los médicos se persuadiesen de que el verdadero fin de su noble profesión, no es curar los cuerpos, sino á los hombres; con lo cual pondrían más celo en estudiar psicología, al par que anatomía y fisiología, hiriendo de muerte con solo este complemento de su educación profesional la idea materialista, que hoy prevalece avasalladora en el campo médico, por la misma razón por que prevalecen todas las malas yerbas: por la falta de suficiente cultivo intelectual. De la propia suerte, los juristas, los políticos, los sociólogos, los literatos, etcétera, debieran persuadirse que el hombre, objeto común de sus respectivas ciencias, está muy lejos de ser un espíritu puro; y que una de dos: ó renuncian en absoluto á discurrir con acierto en sus intrincados importantísimos problemas sociológicos, ó tienen que abrir de par en par las puertas de su gaya ciencia á los modernos estudios antropológicos, que por juro de lógica y razón han de informar hoy todo progreso positivo que haya de realizarse en el derecho, en la política ó en la ciencia social. Para mí, tan cojo de ilustración anda un médico que á la cabecera de los enfermos no sepa gran cosa de psicología, como el jurista que, desconociendo la anatomía y fisiología humanas, no pueda leer con fruto siquiera los nuevos libros sobre antropología criminal.

Otro medio más trascendental que éste, por su carácter colectivo, y porque atañe al propio desarrollo científico de la psicología fisiológica, sería que los médicos que por razón de su oficio profundizan cada día más las funciones del sistema nervioso, diéran con frecuencia á los demás pública y detallada cuenta de los continuos progresos que hace la fisiología cerebral, al par que los psicólogos, por su parte, publicaran breves y frecuentes rela-

tos de los adelantos que la observación subjetiva de la conciencia ofrece de continuo al desarrollo del conocimiento del espíritu; para que de esta suerte, realizándose un verdadero cruce de ideas complementarias, sobreviniera, por tendencia natural de todos los pensadores, al equilibrio de la mente una neutralización salvadora del exclusivismo filosófico de los unos y los otros, y se inclinaran todos á la adopción del criterio sintético de lo corporal y de lo psíquico juntos, que es lo que ha de servir en lo venidero para la creación definitiva de una antropología integral.

He aquí la razón que he tenido para elegir como tema de mi discurso el estudio fisiológico de la conciencia: para dar á los que no se dedican á este orden de conocimientos, concisa y familiar cuenta del papel que en este punto desempeña la fisiología del sistema nervioso, y contribuir en la humilde medida de mis fuerzas á la obra generosa y saludable de la reconciliación de las ideas en un asunto que tanto interesa á la tranquilidad intelectual y moral de los espíritus.

Yo bien sé que las corrientes médicas reinantes van por otros muy opuestos senderos; yo bien sé que, so pretexto de rendir exclusivo culto á la ciencia experimental y positiva, se estima como baldío, y se califica como rancio, todo lo que no es observar por los sentidos externos, y discurrir sobre los datos incoherentes de la experimentación empírica; yo bien sé que es ir contra la fortísima aberración actual revolverse contra el positivismo, ó por mejor decir, demostrar que en nombre de la propia ciencia positiva se puede y se debe tratar de nuestra esencia, de nuestra trascendencia, de nuestra naturaleza y de nuestra finalidad, con pleno derecho á llamarse positivista, de un positivismo más amplio, más lógico y trascendental, que no excluye nada de lo que se ofrece á nuestro conocimiento con los títulos de una indiscutible realidad.

Porque, señores, lo que pasa en este punto á la escuela positivista, es una cosa por demás singular. Sienta ella como dogma irrefragable, no aceptar como verdad genuinamente científica más que aquello que se ofrece al conocimiento humano con los caracteres de una evidente realidad estimada y contrastada por la razón; pero al llegar á justipreciar la cantidad de realidad que á la razón misma compete, niega al sujeto del conocimiento todo linaje positivo, y le recusa y arroja de los dominios de la ciencia como un espantoso secular error. ¿Puede darse una mayor contradicción? Es este un absurdo sólo comparable al de aquel loco observador que, para probar mejor las cosas que ve, negara rea-

lidad á sus propios ojos, y quisiera llegar en su locura hasta arrancarlos despiadadamente de sus órbitas; por cuanto todo lo que de positivo reconocemos en la Naturaleza, lo afirmamos fundados en la realidad de nuestro propio sér, revelada á nosotros por las intimidades indiscutibles de la conciencia. Por esta razón, en nombre de la filosofía positiva, podemos asegurar, y aseguramos, que ó no hay nada positivo en el mundo, ó nuestro yo, es decir, el sujeto psicológico, es lo positivo fundamental. Puesto que, cuando toda la realidad de nuestro conocimiento de las cosas exteriores haya naufragado, y las más caras creencias hayan caído maltrechas al duro golpear de la actual implacable crítica científica, y nos refugiemos en las interioridades más fieles del pensamiento para buscar allí el único cuasi divino sitio donde no pueda asentarse la mortal duda filosófica, exclamaremos con Descartes: *cógito, ergo sum*; yo soy, yo existo, yo no soy accidente, ni cualidad, ni atributo, ni el objeto exclusivo de mi pensamiento; sino el mismo sujeto pensador; porque así me lo muestra el dato empírico más positivo y más fehaciente de mi observación y experiencia; porque yo me siento imperativamente en mi propia conciencia.

Y he aquí cómo, un positivismo que ha tenido á gala, más por motivos antirreligiosos que científicos, rechazar dogmáticamente todo lo metafísico, véase impelido á fuerza de lógica de sus propios argumentos, á negarse á sí mismo, ó á confesar paladinamente que el mundo metafísico es el más positivo de los mundos, y que cuanto del orden físico, objetivo ó experimental, aseguramos, tiene su fundamento en el orden ultrafísico, subjetivo, íntimo y racional de nuestra naturaleza. Así, por ejemplo, las ciencias matemáticas, en las que, como los ríos van á confluír al mar, han de parar, al fin de su progreso, todas las ciencias positivas, se hallan totalmente asentadas sobre postulados abstractos, sin otro fundamento que el de la razón metafísica que les asiste para ser universalmente reconocidos como verdades axiomáticas por todo el mundo, y en especialidad por los propios positivistas que tanto reniegan de lo metafísico. Cuando en la química, pongo por caso, afirmamos la existencia de los elementos simples ó sustancias primeras que forman los cuerpos, no lo hacemos precisamente porque así nos lo ha revelado el análisis, que, por otra parte, está muy lejos de poder asegurar que los que da hoy como simples, no sean en realidad compuestos; sino porque la razón metafísica ó de necesidad de las cosas nos asegura que en el fondo de las apariencias fenomenales de todos los séres deben existir individualidades químicas elementales, del propio modo que

cada uno de nosotros se reconoce á sí mismo sustancial, simple é indiviso ser, en medio de la inestabilidad física y psicológica de su organismo.

Pero la pasión filosófico-religiosa ha cegado de tal suerte á la escuela positivista, que empeñándose en no conceder realidad alguna á nada metafísico, ha dado de bruces, sin percatarse de ello, en el error trascendentalísimo de querer espiritualizar, por decirlo así, lo puramente anatómico y fisiológico. Sin comprender que la anatomía, en cuanto es el examen de lo muerto, no puede conducir por sí sola á la noción de lo vivo; y en cuanto á la fisiología, en sacándole de lo puramente objetivo de la función nerviosa, ha terminado ya su jurisdicción para analizar y conocer de asuntos psicológicos.

Así es que cuantas veces la psicología llamada positiva ha querido, con sólo la anatomía y fisiología del encéfalo, penetrar en el secreto de nuestra constitución psicológica, donde todo lo funcional es subjetivo, é incapaz, por tanto, de ser observado por más sentido que por el sentido íntimo ó de la conciencia, otras tantas veces ha naufragado en su empeño; y, lo que es más grave para ella, ha conseguido hacer de esa tan flamante y renombrada psicología positiva una especie de metafísica enrevesada, imposible de ser comprendida por nadie que exija á la verdad tan sólo aquella sencillez y natural clarividencia con que debe presentarse siempre á la razón. Y quien por ventura dudase de mi aserto, dése una vuelta por ciertos modernos libros de encefalografía y de psicología fisiológica, en la seguridad de que al término de la lectura todo será obscuridad y confusión en su inteligencia, si es que ya no llega á perder, al cabo de enfrascarse en ellos, hasta los buenos hábitos de discurrir con acierto, que ha contraído con el trato de gentes, aunque indoctas, sanas y buenas de entendimiento.

Y toda esta confusión procede de la insensatez de dar por psicología aquello que, bien entendido, no podrá ser nunca más que una ciencia de las relaciones entre lo físico y lo moral. Pues que, una de dos: si se niega la existencia del yo, ó del sujeto psicológico, no se pronuncie siquiera el nombre de psicología; dígase á secas *física del pensamiento*, y ya veremos dónde vamos á parar por este despeñadero del sentido común. Y si se admite, á fuer de verdad positiva, la realidad indiscutible de la *psiquis* como revelada por el sentido íntimo, que es el que presta á la razón la mayor evidencia, entonces es insensato empeñarse en estudiar la ciencia psicológica en el cerebro ajeno y con los sentidos de la cara, sino como únicamente puede y debe estudiarse, que es en

el cerebro propio, y con sólo los ojos escudriñadores de nuestra misma conciencia.

Hace mucho tiempo que vengo sosteniendo para mis adentros que en este no deslindar ni esclarecer suficientemente el sentido de las ideas fundamentales que conciernen á tan trascendental punto filosófico, estriba el error y la confusión que ha traído á los espíritus la escuela positivista contemporánea, con todas las consecuencias morales y sociales de que es víctima la generación presente, y de que con tanta razón se queja la crítica imparcial en materia artística, literaria, social y filosófica.

Siéntese de una vez para siempre que la fisiología no tiene más objeto que el examen de lo vivo, en aquello que es susceptible de ser observado por los sentidos externos; demuéstrese de una manera definitiva que la psicología tiene sólo como medio de su estudio la observación interior de la conciencia, y se verá cómo en adelante es imposible que el materialismo siga intentando hacer pasar por psicología lo que no puede ser, sin sacar las cosas de su quicio, más que el estudio de las relaciones entre lo físico y lo psicológico; pero sin confundir, y mucho menos absorber, lo subjetivo con lo objetivo.

De esas relaciones naturales que existen entre los procesos nerviosos y los fenómenos mentales, es precisamente de lo que vamos ahora á ocuparnos, sin ninguna clase de prevención filosófica, ni opinión alguna preconcebida; sino sinceramente dispuestos á aceptar como verdad positiva lo que surja de un análisis imparcial y detenido de la realidad del asunto.

Ante todas las cosas, hemos de rechazar rotundamente, en nombre de la ciencia formal y positiva, esa afirmación materialista tan corriente de que los procesos nerviosos, constituidos por una desintegración molecular del cerebro, puedan, en determinadas circunstancias, ser transformados interiormente en la *esencialidad total* de una idea, un sentimiento, ú otro cualquier estado de conciencia.

Llevado tan alto como se quiera el examen anatómico del sistema nervioso, y en particular del cerebro, no se hallan en él más que células, fibras, substancia fundamental, y el necesario complemento de tejido conjuntivo, vasos sanguíneos, etc. Y si aún se quiere ahondar más en el análisis, no ya hístico, sino atómico del tejido mismo, todo ello es reductible á millares de millones de moléculas químicas de arquitectura complicadísima y de muy alta complejión dinámica, que se agrupan y disponen de infinitos modos para constituir todos los tejidos y órganos nerviosos.

Apurando ahora hasta el extremo el concepto fisiológico del sistema nervioso, todo se reduce á movimientos moleculares, que, partiendo de las extremidades periféricas de los nervios sensitivos, van á parar á los centros grises ó ganglionares, donde, después de poner en libertad la energía nerviosa en ellos acumulada, se reflejan por los nervios centrífugos que vienen á animar los distintos órganos: músculos, glándulas, vísceras, etc. Y si aún se desea penetrar más en lo íntimo de esos movimientos moleculares, todo lo que se sabe es que esas complicadas moléculas nerviosas que gozan de una inestabilidad química extraordinaria, sufren, al poner en libertad las fuerzas de tensión almacenadas entre sus átomos, una desintegración particular de su materia, por la cual quedan reducidas y pasan á términos químicos de una mayor simplicidad.

Ahora bien; tomad una de esas maravillosas moléculas nerviosas, ó una reunión de ellas, según os plazca; entreláza las y volvedlas á enlazar como os pida el más exigente deseo; combinadlas nuevamente hasta formar grupos de la más alta complejidad dinámica y material. Cuando todo eso hayais hecho, ¿habrá alguien que pueda concebir la producción de alguna cosa parecida á una sensación ó á una idea? Tratándose, como se trata, de una forma particular del movimiento nervioso, no hay quien comprenda cómo semejante movimiento se pueda traducir en un estado cualquiera de conciencia.

Y si, por acaso, no pareciese bastante el movimiento que en realidad se da en el sistema nervioso, cread uno; emprended con la imaginación la concepción de un movimiento molecular, cuyo concepto, por abstracto, por metafísico que sea, pueda resultar, ante la razón positiva, capaz de ser convertido ó transformado, de tosco mecanismo material, en pura enteiquia espiritual. La cosa es imposible; y digo mal, porque esta palabra imposible resulta insuficiente para expresar la negación racional ó metafísica que me propongo: la cosa es inconcebible. Es decir, que no solamente ahora, en la estrechez de conocimientos fisiológicos en que nos hallamos, sino bajo ninguna circunstancia, en ningún tiempo, cualquiera que sea la extensión de nuestro saber futuro y el desarrollo de nuestra limitada inteligencia, podría hacerse comprensible aquello que, por razón de nuestra natural estructura en cuanto hombres, cae, *ad in eternum*, fuera de la capacidad absoluta de ser entendido y explicado.

El movimiento de la materia y el fenómeno del pensamiento están, pues, separados, para la razón humana, por un abismo insondable. Entre el uno y el otro hay un gran límite fijado por

la naturaleza misma de las cosas, que la sana lógica y la sinceridad de una ciencia que blasona de positiva no pueden en manera alguna traspasar.

Pero al oír esto, tengo por seguro que, á poco de meditar sobre el asunto, se me preguntará por alguno de vosotros: ¿Pues qué, el pensamiento no actúa sobre la materia, siendo así que constantemente estamos traduciendo nuestras ideas en forma de movimiento muscular voluntario? ¿Cómo es entonces que la ansiedad, por ejemplo, seca nuestra boca? ¿Cómo que una fuerte emoción nos torna pálidos? ¿Por qué un pensamiento alegre nos causa risa? ¿No es cierto que la fe y la sugestión mental curan indudablemente muchas enfermedades? En efecto, la total experiencia diaria parece resultar contraria á aquella primera afirmación. ¿Y quién se atreve á negar la proposición opuesta de que la materia actúa sobre el espíritu? ¿Pues qué, si me doy un golpe, no siento, por ventura, dolor? ¿Las pérdidas de sangre no ocasionan el síncope? ¿El que toma vino con exceso, no llega hasta perder el sentido? ¿El cloroformo, no produce la anestesia quirúrgica, con abolición absoluta de la conciencia? Ciertamente, negar la real sucesión con que se dan estos hechos en la naturaleza, equivaldría á cerrar los ojos ante la mayor evidencia. Nadie puede negar que los acontecimientos se dan en el sentido indicado; pero deducir su causa de una mera coincidencia ó sucesión, es exponerse á caer en aquel error de lógica, tan bien estudiado y condenado por los antiguos escolásticos, por el cual tan frecuentemente se toma la parte por el todo, y se confunde el concepto de causa con la idea de condición.

La verdadera, la única conocida conexión entre los fenómenos nerviosos y mentales, es la siguiente: que cuando en el curso de ese circuito nervioso que se establece de continuo desde los órganos de los sentidos á los músculos, la corriente nerviosa llega á los altos centros cerebrales, y pone á éstos en función revelante transitiva, entonces precisamente, y acompañando á la desintegración molecular brusca con que, á modo de descarga eléctrica, responden dichos centros nerviosos, se produce en la conciencia, sin saber por qué ni cómo, un estado mental determinado. Y esto es todo lo que sabemos. Por una parte, hay una serie de cambios que tienen lugar en la materia, y que están representados por movimientos moleculares del sistema nervioso. Por otra parte, existe una serie de cambios que se dan en la conciencia, en funciones psicológicas de sensación, de sentimiento, de deseo, de ideas, de voliciones, etc. La una serie de cambios, acompaña á la otra serie, justamente como los movimientos de la

sombra acompañan á los movimientos del cuerpo. Y de la misma manera que todo movimiento del cuerpo va acompañado de un cambio simultáneo de su sombra, así toda descarga de energía en los altos centros nerviosos da lugar simultáneamente á un estado particular de la conciencia, como la proyección maravillosa de su sombra mental sobre la pantalla interior del pensamiento.

Suponer, pues, como supone cierta escuela extremadamente idealista, que puede, en algún caso, darse un estado mental cualquiera en la conciencia, sin función material del sistema nervioso, equivaldría á admitir el inconcebible absurdo de que puede haber alguna vez sombra sin cuerpo que la proyecte, magüer brille sobre el horizonte de la materia el sol inmortal y esplendente del espíritu.

Un recién fallecido fisiólogo alemán, el célebre Moleschott, decía, en su afán constante de materializar el espíritu: «no hay pensamiento sin fósforo.» Y él pudo añadir muy bien, sin temor á que nadie le desmintiese, que tampoco hay pensamiento sin oxígeno, ni sin hidrógeno, ni sin nitrógeno, ni sin carbono, ni sin ninguno de los demás elementos que entran en la constitución material del sistema nervioso; puesto que la expresión completa de esta verdad es que no hay pensamiento, ni ningún otro estado de conciencia, que no requiera, como condición corporal indispensable, la descarga dinámica que acompaña á la desintegración molecular de los centros nerviosos cerebrales. Y este es el hecho que no pueden en manera alguna negar los más convencidos espiritualistas. El movimiento nervioso podrá no ser, acaso, la total causa de los hechos de conciencia; pero es, á no dudar, la condición *sine qua non*; se dan en nosotros siempre mientras dura esta terrenal existencia. Y hasta podríamos ir más allá, auxiliados fuertemente por la lógica, y sin invadir el terreno vedado por la ciencia: despues de la muerte, podrá cumplirse todo lo que la fe religiosa nos enseña; pero desposeido el espíritu de este coeficiente material que durante la vida le acompaña, no podrá jamás, en ningún modo, dar lugar justamente á idénticas funciones psicológicas; pues ni Dios, con ser Dios, puede hacer, por ser principio contradictorio, que se conserven simultáneos en la tierra y en el cielo el ser y el no ser de las cosas.

(Continuará.)

## EL COLERA

Primer tema discutido en el XII Congreso de Medicina interna,  
en Wiesbaden, 1893. (1)

### III

Hasta aquí la sesión de que, como de las restantes, da cuenta el doctor Heckmann en la *Deutsche Militärärztliche Zeitschrift* (Junio 1893); aun á costa de la apetejada brevedad, continuaremos exponiendo algunos hechos y conceptos de interés evidente, directamente relacionados con tan vital asunto.

El lector tiene presente la verdadera división que en materia del cólera existe entre los partidarios de Koch (escuela bacteriológica, CONTAGISTAS) y los de Pettenkofer (escuela epidemiológica, LOCALISTAS) (2), cuya teoría aceptan Bryden, Monat, Macpherson, Lewis, Fayrer, Cuningham y otros, principalmente ingleses. Sería innecesario y difuso entrar en los pormenores de tan debatida cuestión, que multitud de escritos han vulgarizado, y que se halla claramente tratada en la excelente monografía del doctor Kapper (3); pero no nos dispensaremos de recordar ahora el experimento célebre de Pettenkofer y Emmerich, que motiva una parte animada de la discusión. Bien merecen, además, estos sábios eminentes que su abnegación científica se cite con frecuencia y perpetúe.

El 7 de Octubre de 1892, á las nueve y cuarto de la mañana, Pettenkofer, después de neutralizar su jugo gástrico con una solución de bicarbonato sódico (un gramo en 100 c. cúbicos de agua), bebió un c. cúbico de un cultivo en caldo de vibriones coléricos de menos de veinticuatro horas, remitido de Hamburgo por Gaffky. El 9 de Octubre, antes del medio día, se presentó diarrea, que aumentó á la noche inmediata, ocasionando repetida interrupción del sueño y del reposo en cama, y manteniéndose con poca variación durante los tres días subsiguientes. Las evacuaciones fueron líquidas, serosas, casi incoloras, á veces también de tinte amarillento oscuro. Exceptuando las molestias del vientre, no experimentó Pettenkofer otros síntomas objetivos ni subjetivos. En las materias escrementicias, Pfeiffer y Eisenlohr des-

(1) Véase los números 147 y 148 de esta REVISTA.

(2) Dicen otros *contagionistas* y *localistas*; nos atrevemos á creer existen razones para modificar estos nombres, como lo hacemos.

(3) *Ueber die Cholera in ätiol., prophyl. und therap. Beziehung*, etc., von doctor Ferdinand Kapper, Wien, 1886.

cubrieron hasta el 14 de Octubre bacilos vírgula en gran cantidad; en especial las deposiciones meramente acuosas tenían los vibriones en cultivo enteramente puro. El 15 del mismo mes habían desaparecido todas las manifestaciones.

Emmerich, á su vez, tomó el 17 de Octubre una mezcla de 100 c. cúbicos de una solución de bicarbonato sódico al centésimo con 0'1 c. cúbicos de un caldo de cultivo de bacilos-coma, que tenía 24 horas. Por la noche se presentó ya diarrea, y al día siguiente tuvo tres deposiciones parecidas á un puré de guisantes; por la noche, del 18 al 19, tres evacuaciones riziformes, es decir, incoloras. Del 19 por la mañana hasta las 7 de la tarde del 20, continuaron estas evacuaciones sin color, en número de quince á veinte, cada una de 100 á 200 c. cúbicos. Del 20 al 21 de Octubre doce deyecciones análogas. Del 22 de dicho mes en adelante las cámaras se fueron normalizando, primeramente blandas, y luego ya en la ordinaria forma. Desde el 18 hasta el 28 de Octubre se encontraron en las deyecciones los bacilos-coma, formando en las riziformes un cultivo puro, desde el día 19. A las abundantes diarreas acompañó un movimiento frecuente del intestino, la voz algo velada con ligera ronquera, y sensación de sequedad en la faringe. Del 19 en adelante se desarrolló también una sed más pronunciada; la orina no disminuyó notablemente, aun en la fuerza de la enfermedad. No se presentaron dolores gástricos ni intestinales, á pesar de la diarrea; el estado general no se perturbó en todo el curso de la dolencia, y el apetito fué excelente.

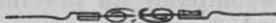
Sabido es que Pettenkofer no considera suficiente, para que los fenómenos del cólera aparezcan, la presencia del microbio á que se atribuye la causa de la enfermedad. Su conocida fórmula  $x + y + z$  ( $x = agente\ causal$ ;  $y = determinada\ disposición\ del\ terreno,\ cronológica\ y\ topográfica$ ;  $z = disposición\ individual$ ) resumen de los tres factores indispensables para la producción del ataque colérico, encuentra, á su modo de ver, apoyo todavía en los resultados del tan debatido experimento; concluyendo, así, que el bacilo-coma, por su sola existencia en el intestino, no elabora el veneno específico generador del cólera asiático. De ello ve una prueba en el hecho de no corresponder al síndrome colérico, por la falta de los síntomas de intoxicación, las manifestaciones patológicas debidas al bacilo. Sin negar á éste ( $x$ ) cierta importancia patógena, opina que no es, en manera alguna, el microbio la causa única y determinante del cólera; la aparición de la enfermedad está más bien unida al segundo factor ( $y$ ); *la disposición local y temporal del terreno, demostrada con multitud*

de ejemplos y experimentos de epidemiología, baluarte de Pettenkofer. Con relación á Hamburgo, el factor *y* consiste en la impureza ó infección del subsuelo, no obstante la excelente canalización; en el empleo del agua del Elba, sin filtrar, para riego y limpieza de las calles, patios y habitaciones, auxiliando el verano de 1892, extraordinariamente caliente y seco, que motivó un descenso considerable en el nivel del agua telúrica. El germen colérico es comparable al de la fermentación; el terreno, al líquido que contiene azúcar. Necesítase, además, la disposición individual, y sólo estos tres factores pueden originar el cólera. De aquí que Pettenkofer juzgue inútil combatir exclusivamente la  $\alpha$ , y tenga por innecesarias la determinación bacteriológica del primer caso, la *captura del vírgula* (kommafang) y las desinfecciones.

J. DEL CASTILLO,

Médico primero.

(Concluirá).



## PRENSA Y SOCIEDADES MEDICAS

**Envenenamiento por la fenacetina.**—El caso siguiente referido por Eisenhort pone de manifiesto algunos efectos de la fenacetina, cuyo conocimiento es de interés, en vista de la rapidez con que se extiende el uso de dicho medicamento.

Un sujeto de treinta y dos años de edad, fuerte y de buena salud, tomó una dosis de 40 centigramos de antifebrina para una neuralgia procedente de caries dentaria, sin más resultado que la aparición de un tumor sobre la mandíbula, del volumen de una almendra próximamente.

Se le dió entonces la fenacetina en dos dosis de 75 centigramos cada una, por la mañana y por la tarde, con un intervalo de dos horas. El efecto fué satisfactorio; no solamente desapareció el dolor en las ramas del quinto par después de la segunda dosis, sino que también se redujo el tumor, permaneciendo únicamente un dolor sordo en el diente cariado; para hacerlo desaparecer tomó el paciente al día siguiente por la tarde tres papeles: uno á las cinco, el segundo á las seis y media y el tercero á eso de las ocho, antes de cenar. Como á las nueve se sintió el paciente con palpitations, aumento en la acción del corazón y cierta opresión en la respiración, con especialidad al hablar. Estos síntomas permanecieron sin variar como una media hora, cuando repentinamente aumentaron; la opresión se hizo más intensa, las palpitations empeoraron rápidamente, se manifestó la sordera, náuseas y vómitos; con las náu-

seas desaparecieron enteramente todos los síntomas de envenenamiento y el paciente quedó perfectamente bien.

(*Therap. Monatshefte.*)

\* \* \*

**Enfermedad de Graves.—Dieta láctea.**—En un escrito que leyó ante la Sociedad Neurológica de Nueva York, el doctor W. H. Tompson, relató un caso en el cual se obtuvo satisfactorio resultado con sólo la dieta; un cambio de ésta realizó lo que diversas sustancias medicinales no pudieron hacer. En primer lugar, con la vuelta á la dieta de carne volvió á presentarse la enfermedad para desaparecer completamente suprimiéndola, y dándole en su lugar la dieta láctea. Desde esta experiencia, dice el expresado doctor, que el tratamiento dietético le ha dado tan satisfactorios resultados, que no duda en asegurar que un desorden específico intestinal es un factor primario en la génesis de la afección. Se ha dicho que en la digestión intestinal normal está el organismo produciendo constantemente venenos, y de aquí que puedan presentarse disturbios específicos ya por un exceso de formación de esos venenos, ó ya por un decaimiento de las funciones normales de la economía que son antidoto de sus efectos; en este supuesto, se trataría de un desorden químico. El doctor Tompson considera que el hecho de ser la enfermedad mucho más frecuente en las mujeres, viene en apoyo de esta teoría, por ser en las mujeres dichos desórdenes digestivos mucho más frecuentes, y que también aparece la diarrea más ó menos tarde en el curso de la enfermedad. Buena leche fresca, fermentada diariamente, y conocida por el nombre turco de *Matson*, es el elemento dietético que recomienda con preferencia á ningún otro.

(*New York Med. Jour.*)

\* \* \*

**Vómitos.—Nitroglicerina** —El doctor Rouland Humphreys ha empleado la nitroglicerina en todas las formas de vómitos que se le han presentado. En los vómitos del catarro gástrico, ya en adultos ó niños, de forma aguda ó crónica, en alcohólicos ó anémicos, actúa casi como un específico. El vómito cesa de una vez. En un caso de vómito á consecuencia de embarazo avanzado prestó los mayores servicios, y en algunos casos cerebrales fué muy útil para dominar las náuseas. Combinada con catecú produjo muy buenos efectos en varios casos de diarrea lientérica. El vómito de la influenza se alivió con frecuencia, aunque no con tanta eficacia como con la atropina. De su uso dice que no ha observado nunca malos efectos.

(*Brit. Méd. Jour.*)

\* \* \*

**Artritis.—Cura antidiatésica.**—El Dr. Brocq hace observar que la cura llamada antidiatésica debe continuarse con la mayor

perseverancia durante meses, y aun años, so pena de que resulte completamente ineficaz. Además es necesario combinar y formular los medicamentos de una manera precisa para que el enfermo no se cause ó se desilusione.

Brocq prescribe, por ejemplo, á los individuos artríticos gotosos, como medicación interna, lo que él llama un juego de aguas minerales: tomar durante ocho dias todos los meses, desde el dia 1.º al 8, una hora antes de cada comida, una copa grande de agua de Vichy (Celestins); otros ocho dias, del 15 al 22, tomar del propio modo una copa de agua de Contrezeville (Pavillon); beber en las comidas agua de Royat (Saint Mart), de Vals (Saint Jean) ó de Pougues (Saint Leger), variando todos los meses.

Si los enfermos no toman á gusto las aguas minerales, puede aconsejarseles que tomen durante una semana, todos los meses, del dia 1.º al 8, dos pildoras diarias (una al principio de cada comida), formuladas al tenor siguiente:

Clorhidrato de quinina.....	.....	1	decigramo.
Extracto de cálchico.....	} á á	5	centigramos
Polvo de hojas de digital....			
Escipiente y glicerina.....	.....	c. s.	

Para una pildora.

Otras dos semanas, del 10 al 25, tomar diariamente cuatro pildoras (dos á cada comida), preparadas del siguiente modo:

Benzoato de litina.....	.....	} á á	8	centigramos.
Extracto de genciana . . . . .	.....			
Excipiente y glicerina.....	.....	c. s.		

Para una pildora.

Cuando la constitución gotosa es muy pronunciada, y cuando el enfermo tolere los ioduros, puede con gran ventaja administrarse cada dos meses, durante ocho ó quince dias, el ioduro de sodio, á la dosis de uno á tres gramos diarios.

En casi todos los casos está indicado favorecer la diuresis; asi que el régimen lácteo, ya puro, ya combinado con el uso de algun medicamento diurético constituye el método más eficaz y á la vez más inofensivo.

(Giorn. Med. del R.º Esercito.)

\* \* \*

**Blenorragia.—Galobromol.**—Basándose Cazeneuve y Rollet en la composición química del galobromol, ó ácido dibromogálico, y en la experiencia adquirida en diversos casos prácticos, han formulado las indicaciones de dicha substancia con relación al tratamiento de la blenorragia.

El galobromol goza á un mismo tiempo de propiedades ácidas, anti-sépticas y calmantes.

Dos uretritis tratadas con inyecciones de galobromol, una con la so-

lución al 1 por 100 y la otra al 1 por 50, han abortado; el dolor producido al contacto de la solución más fuerte no llega á ser siquiera comparable con el que provocan el nitrato de plata ó el permanganato de potasa.

En la clínica del doctor Gailletoy se han tratado diversos casos de uretritis blenorragica en el periodo de estado, por medio de lavados con una solución al 1 por 100 ó al 1 por 50 dos veces al día; entre los enfermos habia unos que no habian usado antes ningún remedio, y otros que habian puesto en práctica diferentes tratamientos internos y tópicos. La solución al 1 por 100 no provoca dolor alguno; la preparada al 1 por 50 determina en algunos casos un ligero escozor. Las inyecciones, toleradas bien siempre, calmaron los dolores uretrales é hicieron cesar ó disminuir notablemente las erecciones; el flujo empezó á disminuir desde las primeras inyecciones, y acabó por desaparecer del sexto al octavo día; cuando persiste más de un septenario, se prescriben, además del galobromol, las inyecciones de sulfato de zinc ó de tanino.

En el estado crónico, las inyecciones al 1 por 50 no producen dolor alguno, ni hemorragia, ni edema. La curación se obtiene más lentamente, pudiendo utilizarse en ciertos casos, al mismo tiempo, los balsámicos ó el salol.

(*Riv. ital. di Terap. e Igiene.*)

---

## FORMULAS

---

### 210

Hidrato de cloral.....	5 gramos.
Alcanfor.....	3 »
Glicerina neutra.....	25 »

M. Para uso tópico.

En el **chanero blando.**

(*Cavazzani.*)

### 211

Alcanfor pulverizado.....	5 decigramos.
Antipirina.....	2 gramos.
Clorhidrato de morfina.....	2 centigramos.
Azucar.....	C. S.

Mézclese y dividase en ocho sellos medicinales. Para tomar uno cada dos horas.

En la **pneumonia fibrinosa.**

(*Ivanow.*)

### 212

Tintura de guayaco.....	} á á 8 gramos.
Tintura de quina compuesta.....	
Miel.....	24 »
Clorato de potasa.....	8 »
Agua de menta.....	120 »

M. Para gargarismos.

En la **amigdalitis aguda.**

(*Solts-Cohen.*)

---

## VARIEDADES

La Real Academia de Medicina de la Habana anuncia, para el concurso próximo, los premios que á continuación se expresan:

**Premio del Sr. Goyri y Adot.**—Se asigna la cantidad de SETECIENTOS CINCUENTA PESOS EN ORO á la mejor Memoria escrita respecto á *enfermedades en los países cálidos, y con preferencia sobre la diarrea crónica.*

**Premio "Cañongo,,"**—Se entregará la suma de DOSCIENTOS CINCUENTA PESOS EN ORO al autor del mejor trabajo acerca de la *Topografía médica de la Habana en sus relaciones con la tuberculosis y las fiebres palúdica, tifoidea y amarilla.*

Habrà para cada uno de dichos premios su correspondiente *Mención honorífica.*

En la Secretaria general se recibirán, hasta las tres de la tarde del día 30 de Abril de 1894, las Memorias que aspiren á los premios, las cuales han de remitirse en la forma acostumbrada.

\* \* \*

La visita girada por el Excmo. Sr. Capitán general de Andalucía al Hospital Militar de Cádiz ha servido para poner de relieve los esfuerzos con que el personal del Cuerpo tiene que subsanar, por regla general, las pésimas condiciones de los hospitales militares.

En prueba de ello, vean nuestros lectores el párrafo que apareció en el orden de la plaza, dada en Cádiz el día 14 de Agosto por la primera Autoridad del distrito:

«Consigno mi especial gratitud al personal del Cuerpo de Sanidad encargado del Hospital militar; á la inteligencia y extraordinario celo de su Director, ayudado por los Oficiales Médicos á sus órdenes, se debe la esmerada asistencia que por todos conceptos tiene el soldado, no obstante las dificultades que ofrecen las malas condiciones del destartalado y desagradecido local que ocupa. Asunto es este que para todos debe ser de preferente atención, á fin de mejorarlo en cuanto las circunstancias lo permitan».

---

Publicaciones recibidas, cuya remisión agradecemos á sus autores ó editores.

**Estudio de las aguas que surten á Madrid.** Conclusiones aprobadas por la *Sociedad Española de Higiene* en el curso académico de 1893.

**The Medical Press** formerly condensed extracts giving á summary of the World's latest Medical, Dental and Pharmaceutical Journals, edited by Ferd. C. Valentine. New York.

**Boletín del Instituto Médico Valenciano,** órgano de la Asociación Médico-farmacéutica de la provincia de Valencia.

**Boletín de la Academia de Higiene de Cataluña,** publicación mensual, fundada y dirigida por el *Dr. F. Castells.* Barcelona.

**Consideraciones sobre el exclusivismo de las teorías de la inflamación** por el *Dr. José Torres Matos.* Habana, 1893.